

El pasodoble interminable

el paseo | bizzarro, 2



JUAN CARLOS ARAGÓN

El pasodoble interminable

el paseo, 2017

© Juan Carlos Aragón, 2017
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2017
www.elpaseoeditorial.com

1ª edición: febrero de 2017

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés (www.sputnix.es)
Corrección: Deculturas, s.c.a.
Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. 978-84-945885-6-3
DEPÓSITO LEGAL: SE-39-2017
CÓDIGO BIC: FA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Índice

<i>Prospecto (Léase detenidamente)</i>	9
--	---

EL PASODOBLE INTERMINABLE

1. A las siete en el local	15
2. A ver qué trae el loco éste...	21
3. El sacrificio de Isaac	31
4. En un lugar de la Luz	37
5. El teorema del 3 x 4	43
6. Por el mundo voy caminando	51
7. La comparsa ilustrada	57
8. Capítulo de tránsito intestinal	71
9. La vuelta al cole	87
10. El informe Warren. Versión gaditana	93
11. El llanto de las musas	101
12. La primera estrofa	111
13. Adiós a la patria	115
14. Un valle de lágrimas	131
15. Y ahora Carnaval	143
16. La pequeña Gürtel	155
17. <i>El Coño de la Bernarda</i>	171
18. Merienda de negros	183

19. La mano más inocente	193
20. Los últimos compases	205
21. La familia, como el burro	219
22. En tus manos encomiendo mi espíritu	231
23. Los libertadores del Comandante	245
24. En la ciudad de Cádiz...	261

Prospecto (Léase detenidamente)

El sur de Europa yace tan al sur que en algunos lugares ya no parece Europa. Primera cuestión. En él habita la que dicen ser capital más antigua de Occidente. Antigua o arrugada, lo que está claro es que a singular no le gana ninguna, empezando por su escaso nombre, Cádiz, que así pronunciado, con sus cinco letras, extensamente, suena con el ritmo interno y la semántica aristocracia de las colosales urbes antillanas.

Cádiz, pues, segunda cuestión, es un error, un tremendo error geográfico del mundo. Dios debió ponerla en América Central. Frente al mar Caribe, por ejemplo. Pero no en España, que no pega ni con cola. Esto es lo que pasa por confiarle la Creación a alguien que no sabe de música.

Tercera cuestión. Aunque también empezó a ser llamada Tacita de Plata, pues —brillando sobre la mar— de plata parecía, precisamente de plata anduvo siempre tan escasa como de nombre. Tal vez por el viento de levante, que cuando sopla quita hasta las ganas, tal vez por la apatía de su gente, que cuando resopla también las quita, lo cierto es que, además de americana y singular, Cádiz siempre fue pobre. Y bella. Pobre y bella, como las princesas de barrio que me enamoraban de niño.

Cuarta cuestión, consecuencia de la tercera. El viento de levante es el único viento con inteligencia y voluntad. Sólo hay que sentir en la piel la intención con la que embiste, la mala fe de sus rachas, la poca educación con que se presenta, y el escaso estilo con que se va. Es un misterio, además de una putada. Pero mayor misterio es el gaditano plural, al que la muerte quita el sueño tanto como la vida, o sea, casi nada. En qué poco se parece a la vecina cristiandad con la que comparte mapa,

bandera y señales de tráfico. ¿A quién hacemos responsable de todo cuanto ocurre en Cádiz, al levante o a su gente? Dicen que cada pueblo tiene lo que se merece. Lo que no resulta aclarado en el dicho es si en los méritos y deméritos de los pueblos se incluyen también sus vientos.

Según los gaditanos cabales, la culpa siempre es del otro, en este caso del levante, porque ha saltado o porque va a saltar, como no podía ser de otra forma. Esta teoría, aunque puede apoyarse en graves argumentos paracientíficos, no es aceptada sin más por todos. También hay quienes la responsabilidad, cuando menos, la comparten. Veamos.

He ahí la quinta y definitiva cuestión previa. El que firma el libro, en su tercera reencarnación consecutiva —tras la de farero escocés y maquis mártir—, ha tenido el privilegio de nacer beduino. Un beduino es una especie de gaditano que, sin serlo del todo, vive a la distancia ideal para ver críticamente las cosas de Cádiz, y así poder contarlas con cariño pero sin baba.

Te advierto, querido lector, que, si no eres indígena, debes saber que dentro de Cádiz sólo se considera gaditano puro al que cumple cinco requisitos indispensables, a saber: haber nacido dentro del espacio amurallado, mantener vínculos con alguna cofradía de prestigio —igualmente con agrupación de Carnaval finalista del Concurso—, ser socio del equipo de fútbol y tener el teléfono del INEM en la agenda de Favoritos (en otros tiempos también fue obligatorio asomar la caña del país por el balcón, pero este requisito se eliminó cuando algunos gaditanos se vieron obligados a exiliarse en la parte beduina de la ciudad, en pisos sin balcones por los que asomar las cañas).

Así se distingue entre el gaditano contingente —es de Cádiz como podía ser de otro sitio— y el gaditano necesario —es de Cádiz y no puede ser más que de Cádiz—. La diferencia es de bulto. Al principio cuesta un dolor, pero al final la ves: los gaditanos —los necesarios— son únicos para convencerte. De hecho, cuando los romanos inscribieron en el escudo de la ciudad «*Non plus ultra*», no fue por una cuestión geográfica, sino dialéctica. Se puede traducir algo así como «Nada más allá», y hace referencia al arte que tiene la gente de Cádiz para hacerte ver lo verde violeta. Única.

En íntima relación con esto hay que tomar su célebre liderazgo his-

tórico en las oficinas del paro. Mas lo que hace atractivos a los gaditanos en su relación con el desempleo no es el mero hecho de estar parados, sino el exótico mercado de artesanía argumental que usan para justificarlo.

La mayor industria de Cádiz nunca fue la naval, sino la del cuento. Se calcula que del cuento viven en la ciudad dos tercios de sus habitantes. Y aunque del cuento no sólo viven ellos en este país de Dios, sí es cierto que en los cuentos gaditanos aparecen personajes más divertidos, se suceden más escenas de risa, las tramas resultan más inverosímiles y los finales son más felices, lo que hace que esta peculiar forma de cuento se haya convertido en un arte de vivir, en la más amplia y griega acepción del término.

Los cuentos de Cádiz son —ante todo— reales. Quizá por esto casi nunca se han escrito. Escribirlos podría ser otra forma de vivir del cuento. De hecho yo lo estoy intentando. Pero existe un inconveniente. Cuando la realidad se narra novelescamente padece el riesgo de que se tome por mentira. Los escritores, por lo general, son muy dados a hacer volar la imaginación. Usan lo real como punto de partida; el resto lo ponen ellos. En cambio, para escribir una historia como la que os voy a contar, un auténtico cuento gaditano, no hace falta imaginar mucho, pues lo que hay supera a la ficción del mejor narrador.

En este sentido me la juego a que, cuando termines el libro, la primera reflexión que te harás será por qué los escritores de todo el mundo no vienen a Cádiz en busca de personajes para sus novelas, pues te aseguro que en cada calle hay tantos protagonistas posibles como vecinos vivos (y hasta muertos).

En cualquier caso, para que un gaditano sirva de personaje en un cuento, es necesario que no se sienta nunca observado. Antes al contrario. Si se da cuenta de que algo gira en torno a él —y sucede a menudo con muchos reporteros tontorrones—, todo se estropea. El personaje en cuestión cree que va a convertirse en una estrella, e inmediatamente pierde su encanto. Se transforma en una especie de cómico al que alguien le ha dicho que es gracioso y se lo ha creído. Entonces sigue viviendo del cuento, pero fuera del cuento para el que fue pensado, lo cual no deja de ser una paradoja.

Para que veas que no te exagero, te confieso que cuando he dejado caer a algún paisano eso de «oye, estoy escribiendo una novela, y uno de los protagonistas eres tú», al colega le han brillado los ojos como si le hubiera dicho que iba a cobrar. Y de pronto, sin venir al caso, ha empezado a contarme chistes malos uno detrás de otro. En fin, el levante.

Por último, si has comprado esta novela por el título y la firma de su autor, esperando encontrar entre sus páginas una historia de Carnaval con final a ritmo de batería, enhorabuena. Aunque no muchos lo saben, el Carnaval constituye precisamente el submundo gaditano ideal para la novela del escritor que no tiene ganas de inventarla. Y eso es lo que ha ocurrido esta vez. El escritor —más que escritor— ha sido escribano. La novela ya estaba hecha. Sólo ha faltado numerar sus páginas. Prepárate para cambiar las cosas de sitio.